



IGLESIA Y PECADO

El problema

A menudo se suele invalidar la doctrina de la Iglesia, o algunas de sus posiciones o decisiones, aduciendo a los errores o contradicciones tanto de las personas consagradas (obispos, religiosos o sacerdotes) como de los fieles que se declaran creyentes. Los lamentables y condenables casos de pedofilia, por ejemplo, o conductas menos graves, basadas en no cumplir lo que predicamos o a actuar contrariamente a lo que profesamos con los labios, suelen constituir argumentos para descalificar el mensaje cristiano. Y no podemos negar que los miembros de la Iglesia, consagrados o no, a menudo solemos fallar y no somos siempre coherentes con nuestra fe. En definitiva: los miembros de la Iglesia pecamos. Y pecamos públicamente. ¿Desautoriza esto los postulados de la Fe? ¿No decimos que la Iglesia es santa? ¿En qué quedamos? ¿Somos o no somos pecadores? ¿Somos o no somos santos?

Los pecados de la Iglesia

La Iglesia ha tenido siempre presente que en su seno hay pecadores, y por lo tanto pecado, aunque esta afirmación no siempre ha estado presente y viva entre los cristianos. En efecto, ya en los primeros siglos del cristianismo cuando se hablaba de Iglesia como madre, a menudo se añadía la dura constatación que, paradójicamente, se la podía calificar como “Iglesia pecadora” (*ecclesia peccatrix*), incluso, con una sorprendente formulación, “prostituta casta” (*casta meretrix*), como la calificó san Ambrosio de Milán en el siglo IV. Se mostraba así la realidad del pecado y de los pecadores en el interior de la Iglesia en tanto que institución que peregrina en la tierra.

De hecho tres grandes teólogos católicos del siglo XX, antes del concilio Vaticano II, afrontaron profundamente esta cuestión: K. Rahner en “Iglesia de los pecadores” (1947); Hans Urs von Balthasar con su artículo convertido en clásico titulado precisamente “*Casta meretrix*” (1964), y finalmente Joseph Ratzinger con el título “Soy oscura, pero bella” (*Nigra sum sed formosa*, Ct 1,5), que él mismo en la actualidad ha reconocido como políticamente incorrecta, pero que fue ampliamente utilizada por los Padres (*El Nuevo Pueblo de Dios*, 1972).

He aquí una breve síntesis de la lúcida y crítica reflexión de Hans Urs von Balthasar: “sin atentar contra la pureza, la santidad y la impecabilidad de la Iglesia es preciso ver también la realidad de la Iglesia como “prostituta casta”: no podemos excluirla sencillamente. Mucho habríamos ganado si los cristianos aprendiesen a ver una y otra vez a qué precio se paga la santidad de la Iglesia... Hay que exceptuar naturalmente aquellos actos de la Iglesia que son actos del Señor y en la medida que lo son; por ejemplo, la realización de los sacramentos o la solemne proclamación de una verdad de fe. Aquí no hay más que santidad. Pero en todos los demás sitios, en todos los lugares en que el hombre actúa como hombre, en todo lo que hacen los cristianos incluso los mejores, en todo lo que hacen los dirigentes de la Iglesia, incluso los que ocupan puesto más altos, se darán a conocer de manera inevitable y frecuente la debilidad y la astucia humanas, la huella del pecado humano”

Por su parte, Karl Rahner, retomando su estudio después del Vaticano II, subrayaba agudamente: “se hablaba sin trabas en el tiempo de los Padres y en la Edad Media de la Iglesia pecadora, de la Iglesia en cuanto pecadora *no sólo* en el sentido de que la misericordia divina ha hecho de la humanidad pecadora una Iglesia santa, esto es, no sólo de la Iglesia pecadora considerada desde su procedencia, sino también de la Iglesia en cuanto que *ahora es* pecadora, de su pecaminosidad como *estado* religioso” (“Iglesia pecadora según el Vaticano II).

Por otro lado escribía Joseph Ratzinger con una gran finura especial: “no pueden separarse sencillamente la ‘Iglesia’ y ‘los hombres de la Iglesia’; la abstracta pureza sin mácula de la Iglesia, que de este modo destilaría pureza, no tiene sentido alguno real histórico. La Iglesia vive por medio de los hombres en el tiempo y en el mundo presente y, a pesar del misterio divino que lleva dentro de sí, vive de manera verdaderamente humana. Hasta la institución como institución conlleva la carga de lo humano; también la institución conlleva la inquietante arbitrariedad de lo humano para poder ser piedra de tropiezo... ¿Y no ha sido fenómeno constante a través de toda la historia de la Iglesia que, por ejemplo, el Papa, el sucesor de

Pedro, haya sido a la vez ‘piedra’ y ‘escándalo’, roca de Dios y piedra de tropiezo cual Satanás (como Pedro según, Mt 16,18.23)? De hecho, importará al creyente aguantar esta paradoja del obrar divino, esta tensión entre roca y Satanás. Lutero conoció con opresora claridad el factor ‘Satanás’ y no dejaba de tener alguna razón para ello; su pecado estuvo en no aguantar la tensión bíblica entre Pedro/roca y Satanás, que pertenece a la tensión fundamental de una fe, que no vive del merecimiento sino de la gracia”.

Fue el Concilio Vaticano II quien retomó esta cuestión al tratar de la Iglesia como Pueblo de Dios, aunque prefirió no utilizar la fórmula de Iglesia “pecadora” que se podría interpretar ambiguamente, sino que utilizó una afirmación más matizada al decir que *“La Iglesia, que incluye en su propio seno a pecadores, es santa y a la vez necesitada siempre de purificación, y se aplica continuamente a la penitencia y a la renovación”* (LG 8). También al tratar de la unidad de los cristianos, el Vaticano II no tuvo miedo en retomar la célebre afirmación de Lutero sobre la Iglesia que “siempre debe reformarse”, reafirmando en su Documento sobre el Ecumenismo que *la Iglesia en camino es llamada por Cristo hacia este perenne reforma, de la que ella misma, en tanto que institución humana y terrenal, tiene siempre necesidad de hacerlo* (UR 6).

Así pues, no debemos escandalizarnos cuando alguien pone el dedo en la llaga en los pecados de la Iglesia, sea un abuso de autoridad, las finanzas oscuras, una conducta irregular de un sacerdote o bien una acomodación burguesa de los fieles a la exigencia evangélica de servicio y de justicia. Debemos reconocer, pues, que se cometen errores e incluso crímenes imperdonables por parte de los hombres de la Iglesia en el presente e incluso en los veinte siglos de su historial.

La santidad de la Iglesia

Por eso, cuando hablamos de la santidad de la Iglesia se entiende de ella, primeramente, como *Madre que es santa*” (LG 8), **gracias a los dones “santos” de la Palabra y de los Sacramentos** que comunica, a pesar que sus ministros puedan no sólo no ser santos sino incluso ser indignos, ya que “sobre la tierra la Iglesia está dotada de una santidad auténtica, pero imperfecta” (LG 48). A su vez, y en segundo lugar, la Iglesia como fraternidad de todos los creyentes “incluye en su seno a pecadores” (LG 8) ya que “en sus miembros la santidad perfecta todavía tiene que adquirirse” (*Catecismo*, n. 825). De aquí que la Iglesia en su historia y realidad presente aparezca a menudo como **una paradoja** ya que es y se presenta en el mundo como una “realidad compleja” (LG 8) y por eso *tan sólo con los ‘ojos de la fe’ podemos ver en su realidad visible a su vez una realidad espiritual portadora de vida divina* (*Catecismo*, n. 770).

En definitiva, debemos reconocer el pecado y pedir perdón. De hecho hace tiempo que la Iglesia lo viene haciendo a menudo y públicamente por los errores del pasado y por los pecados del presente. Igualmente, hay que afirmar que lo que se comunica es santo y que esta santidad que viene de Dios a través de Jesús y del Espíritu se produce siempre, aunque se llene de barro en las ambigüedades humanas de la Historia.

Cuestiones para reflexionar

- 1.- ¿En qué medida los pecados de nuestra sociedad, están presentes en el interior de la Iglesia?
- 2.- ¿Hay pecados específicos de la Iglesia?
- 3.- ¿Qué debemos hacer ante la paradoja “pecado y santidad” de la Iglesia? ¿Conformarnos, considerando la continuidad histórica de su existencia inevitable?
- 4.- Pada nosotros, como cristianos, ¿merecen una reprobación especial los pecados de la Iglesia?
- 5.- ¿Somos conscientes del alcance de los mensajes de cambio que nos dice el Santo Padre? ¿Son suficientes?

Citas Bíblicas

Mt 16,23: Jesús increpa a Pedro.
Mc 14, 68 i Mt 26, 28: Negación de Pedro.
Mc 3,19 i Jn 12,6: Judas traidor.
Ac 5, 1-10:

Bibliografía

Bernard Häring: *Ens hi va tot*. Ed. Claret
E. Schillebeeckx . *Soy un teólogo feliz*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994
Concilio Vaticano II: *Lumen Gentium*

Barcelona, febrero de 2015